

DUELO EN LA O. T. A. N.

Para Charles E. Bohlen, embajador de los Estados Unidos en París, y hoy una de las primeras y más distinguidas figuras del servicio diplomático—*Foreign Service*—de su país, esa decisión del general Charles de Gaulle, Presidente de la V República francesa, de acabar con el sistema de integración militar de la O. T. A. N., por lo menos en lo que a su país concierne, ha sido nada menos que «el más grave acontecimiento ocurrido en Europa desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial». El acontecimiento tiene una importancia extraordinaria, tanto por el hecho, la terminación de lo que ha sido, hasta ahora, el rasgo fundamental y característico de la Alianza Atlántica, la formación y mantenimiento en Europa de una poderosa fuerza armada y militarmente integrada bajo dirección norteamericana, como por la significación y repercusiones inevitables. No sólo la O. T. A. N.—Organización del Tratado del Atlántico Norte—ha sufrido un golpe terrible, que pudiera incluso ser un golpe de muerte, sino que de lo sucedido están saliendo, desde el primer momento, consecuencias inesperadas, sorprendentes y llamadas a influir de una manera poderosa en el panorama de las relaciones internacionales y de una manera muy especial en el de las relaciones intereuropeas. La cuestión tiene dos aspectos esenciales. Uno, el hecho en sí; otro, las derivaciones, que de momentó se manifiestan en forma llamativa y en dos direcciones principales: las relaciones de los Estados Unidos con Francia, gobernadas al principio por una actitud dura, vengativa, para la que se desearía encontrar apoyo resuelto y solidaridad incondicional en todos los demás miembros de la O. T. A. N., y la posición de la República Federal Alemana, tanto dentro de la O. T. A. N. como en sus relaciones con Francia, y, en definitiva, en la Comunidad Económica Europea también.

La situación de crisis arranca de una manera inmediata y directa de la decisión expresada por Francia, en la nota enviada el 31 de marzo último a

los Gobiernos de los Estados Unidos, Inglaterra, la Alemania Occidental y todos los demás miembros de la O. T. A. N., 14 en total, además de la propia Francia. Aquella nota tenía como antecedentes directos e inmediatos la carta, de su puño y letra, enviada por el Presidente De Gaulle, de Francia, al Presidente Johnson, de los Estados Unidos, el 7 de aquel mismo mes de marzo. En ella decía un Presidente a otro Presidente:

«Francia considera que los cambios que se han llevado a cabo... desde 1949 en Europa, en Asia y en otras partes, así como la evolución de su propia situación y de sus fuerzas, ya no justifican... los arreglos de una naturaleza militar que han sido tomados desde la formación de la alianza.»

En una carta escrita a máquina, el Presidente Johnson, de los Estados Unidos, contestó al Presidente De Gaulle, de Francia, «que era necesario *mantener y sostener el sistema de mando militar integrado de la O. T. A. N.* y que los Estados Unidos estaban decididos a unirse a otros aliados, con o sin Francia, «en el mantenimiento del sistema de *deterrent* de la O. T. A. N.; es más, estaban decididos a su fortalecimiento, en apoyo de los vitales propósitos comunes del Occidente».

Como si se tratase de rubricar esta decisión con vigorosa energía, Mister Johnson habló en seguida, en un discurso pronunciado en la capital de los Estados Unidos, de la esperanza que tenía en que ningún país—y esto sólo quería ser alusión a Francia—«podría permanecer largo tiempo retirado de los asuntos mutuos y las obligaciones del Atlántico». Los Estados Unidos no parecían dispuestos a la concesión ni a la tolerancia. «Es nuestra firme convicción—añadió el Presidente Johnson—que la acción colectiva a través de la O. T. A. N. es la mejor garantía de que la guerra será *deterred* (disuadida) en el mundo atlántico.»

Poco más tarde vino la nota que hacía pensar en algo peor que la decisión de Francia de romper con el sistema militar integrado de la O. T. A. N. Porque si el hecho en sí, esa ruptura, era malo, mucho peor era la forma en que se hacía y que el Secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, definió y criticó poco más tarde como un acto unilateral que repudiaba compromisos escritos—en el caso del Pacto del Atlántico Norte los compromisos contraídos tienen la duración del Tratado mismo, veinte años, sólo al cabo de la cual una cualquiera de las partes podría dejar de ser miembro un año después de haberlo denunciado en comunicación directa con el Gobierno de los Estados Unidos, quien habría de informar a los Gobiernos de los miem-

bros restantes sobre el particular—, lo que condenó abiertamente como un «ataque al corazón mismo de la santidad de los acuerdos internacionales».

Los Estados Unidos parecían decididos, pues, a no tolerar semejante actitud. En la forma en que se presentó el conflicto, la crisis, la posición de los Estados Unidos parecía ser justa; la posición de Francia, equivocada. En la histórica nota enviada a los Gobiernos de los países miembros de la O. T. A. N. se advertía que el Gobierno de Francia se había encontrado con la imposibilidad de llevar a cabo reformas en la O. T. A. N. que consideraba como una necesidad absoluta, hecho confirmado por las declaraciones de los Gobiernos de los catorce miembros restantes, por lo que había llegado a las decisiones siguientes:

1. Terminar la asignación al mando aliado de las fuerzas de tierra y aire francesas estacionadas en Alemania. Esta asignación terminará el 1 de julio de 1966.

2. Retirada, para ese mismo 1 de julio de 1966, del personal francés asignado a los mandos aliados integrados: el Mando Supremo Aliado en Europa (S. H. A. P. E.), el Mando Aliado para el Centro de Europa (A. F. C. O. M.) y el Mando Aliado para la Europa Meridional (Grecia y Turquía), al igual que de todos los mandos subordinados en que hubiese representación francesa y del Colegio de Defensa de la O. T. A. N.

En la nota se advierte, por otra parte, que el Gobierno francés estima que es deseable, una vez que haya terminado la participación francesa, la asignación de misiones de enlace francesas a los Estados Mayores respectivos. Los oficiales franceses podrían ayudar a los Estados Mayores aliados en las operaciones de traslado a realizar en territorio francés. Podrían facilitar también el estudio de las condiciones en que las fuerzas francesas, en particular las estacionadas en Alemania, podrían colaborar en el futuro.

En el caso de que las fuerzas francesas continuasen en territorio de la República Federal, añadía esta nota, podrían participar en una acción militar común en el caso de guerra. Estas fuerzas podrían continuar estacionadas en la Alemania Occidental en virtud del Convenio del 23 de octubre de 1954, relativo a la presencia de fuerzas militares extranjeras en territorio de la República Federal de Alemania.

3. La retirada de los elementos franceses asignados a los Estados Mayores aliados y al Colegio de Defensa de la O. T. A. N. lleva implícita la retirada también de sus cuarteles generales y centros de actividad del territorio francés.

Parece que en el plazo de un año, añade la nota, sería posible llevar a cabo todas las medidas necesarias sobre todo esto y que para el 1 de abril de 1967 la operación, en su totalidad, hubiese quedado terminada. Como resultado de esto, el Gobierno de Francia denuncia el artículo 16 del Protocolo del 28 de agosto de 1952, que dejará de tener efectos el 31 de marzo de 1967.

El Gobierno francés está dispuesto, termina diciendo la nota, a discutir otros problemas que pudieran surgir en la estructura bilateral o multilateral.

Entre las cosas que producían la sensación de caer, de un solo golpe —«Francia hace uso sencillamente (comentó un diplomático citado por *The New York Times*), del derecho de cualquier Estado soberano a destrozar un acuerdo que ya no le gusta»—, estaba no sólo el acuerdo de creación de la O. T. A. N., sino cinco acuerdos bilaterales negociados entre los Estados Unidos y Francia, algunos de ellos por lo menos con cláusulas secretas, destinados aparentemente a completar y facilitar el desarrollo de tareas de la importancia de las que tuvieron como consecuencia la presencia en Europa, con carácter permanente, de una importante fuerza militar de los Estados Unidos, y no toda ella integrada en la O. T. A. N., como ha sido—sigue siendo—el caso del S. A. C., o Mando Aéreo Estratégico, y todo lo relativo, en definitiva, al armamento nuclear. De todos estos acuerdos sólo uno prevé la posibilidad de la renunciación unilateral. Es el relativo a las líneas de comunicaciones, renunciable al cabo de dos años, en el caso de que uno de los Gobiernos se encuentre descontento con lo que en él se ha establecido o con la manera de aplicación. Los cuatro restantes sólo admiten la renuncia legal por «consentimiento mutuo», y bien se ve que los Estados Unidos no están dispuestos a dar su consentimiento a lo que el general De Gaulle ha llegado a considerar como una necesidad absoluta.

La actitud, en apariencia definitiva, de Francia, por un lado, la decisión aparente del Gobierno de los Estados Unidos de forzar a Francia al respeto y cumplimiento de unos compromisos y obligaciones que no se pueden renunciar ni denunciar de una manera unilateral por el otro, han servido para producir al instante una situación de crisis y tensión capaz de tener anchas consecuencias en las relaciones entre las dos potencias más directamente afectadas y de influir también de una manera poderosa, quizá hasta decisiva, en el panorama general de las relaciones intereuropeas y de los Estados Unidos con la Europa occidental.

La primera reacción de los Estados Unidos, que con el paso de los días

ha estado sometida a influencias moderadoras, fue de contestar en forma que hiciese inevitable, a la vez, una ruptura y una humillación. El artífice principal de la respuesta del Gobierno de los Estados Unidos a la nota del Gobierno de Francia había sido Dean Acheson, ex Secretario de Estado y una de las personalidades de mayor influencia en materia de política exterior norteamericana. Y también uno de los más decididos partidarios de una actitud firme y resuelta no sólo en relación con Francia, sino con cualquier país o grupo de países que se mostrase disconforme o descontento con la política exterior de la primera potencia del mundo, con intereses ya de unas dimensiones y de una naturaleza que ni podían ni debían ser objeto de juicio ni de interpretación por ninguna de las demás potencias, y cuya posición habría de ser necesariamente inferior, periférica y, en definitiva, subordinada.

El borrador de la respuesta preparada por Mr. Acheson se dijo que era de tal naturaleza, la expresión en síntesis de una actitud intolerante que le había movido a calificar como «un completo disparate» (*utter nonsense*) aquella decisión del general De Gaulle, que el Presidente Johnson lo devolvió con instrucciones para que el tono general fuese más suave.

Aún así, la posición del Gobierno de los Estados Unidos produce una sensación de impresionante inflexibilidad. En su actitud hacia Francia, la Francia del general De Gaulle, y en el empeño puesto en conseguir de todos los demás miembros de la Alianza Atlántica una decisión unánime, porque, como advirtió Mr. Rusk, en un intento franco por llevar la lucha contra De Gaulle al propio terreno enemigo, con las declaraciones hechas al semanario *Paris-Match*, «catorce naciones, que abarcan una población de 450 millones y que poseen un poder militar masivo, no se verán paralizadas por la actitud de Francia».

En el empeño, tan extraordinario, tan inflexible, puesto en forzar la situación se llegó hasta el punto de hacer un llamamiento a la opinión pública de Francia, por encima de la cabeza del propio Jefe de Estado, porque aquella decisión suya «parecía constituir un paso atrás hacia un pasado desastroso», según expresión de George W. Ball, en unas declaraciones hechas al importante diario *Le Monde*. Por pensar tal vez en que la venganza es el dulce placer de los dioses, a Mr. Ball y a Mr. Rusk y a Mr. Acheson, portavoces autorizados de un poder inmenso, pero de este mundo, acaso se les hubiese ocurrido que para ellos, seres mortales nada más, lo importante, lo esencial sería la lección mucho más que el placer, cualquiera que pudiera ser el resultado o la conse-

cuencia de la humillación a que sin duda habría de ser sometido el general De Gaulle. Porque de esa manera se demostraría, para empezar, que la rebeldía contra el poderoso se paga en moneda que acaba siendo, fatalmente, excesivamente cara.

Animados por lo que el senador J. William Fulbright describió un poco más tarde en un discurso ya famoso, pronunciado en la Universidad de Johns Hopkins, ante una nueva promoción de aspirantes a diplomáticos, como «La fatal arrogancia del poder», los Estados Unidos insistieron no sólo en considerar inaceptables las condiciones, y más todavía los plazos fijados por el Gobierno del general De Gaulle para la liquidación, para la total terminación de la participación de Francia en el sistema de integración militar de la O. T. A. N., sino en apuntar a la necesidad de que los gastos de las evacuaciones y los traslados que habrían de efectuarse—que se llegó a calcular que serían de unos 700 millones de dólares—deberían correr por la cuenta de Francia exclusivamente. Es más, y «aunque nadie estuviese dispuesto a admitirlo—comentó editorialmente *The Washington Post*—, la táctica norteamericana es de dirigirse a los franceses, por encima de la cabeza de su Presidente, en vista de las elecciones legislativas de 1967...» Ante una situación que no sólo era tensa, en vista del comportamiento reiterado del Gobierno de Francia y de la actitud en apariencia poco solidaria, a pesar de todas las declaraciones oficiales, de los Gobiernos de los restantes países miembros de la O. T. A. N., con pocas, y por eso más conspicuas, excepciones, como pareció ser la actitud, un poco rigurosa, de la Gran Bretaña en los primeros momentos, la insistencia del Gobierno de Bonn en hacer profesión reiterada de lealtad a la O. T. A. N. y de la misma Italia, sino que era también de resistencia a la adopción de actitudes excesivamente estridentes, la posición de los Estados Unidos produjo la impresión de querer ser más inflexible, más rigurosa. En realidad, ¿qué otra cosa se podría hacer cuando el Gobierno de Francia llegó al extremo de prohibir la celebración, en el Panteón de los Inválidos, de un acto de recuerdo y homenaje a la memoria del sargento Lawrence B. Kelly, que había perdido la vida en el puente de Saint Cloud el 25 de agosto de 1944 y había, por tanto, llegado a ser considerado como el primer norteamericano que había sacrificado su vida por la capital de Francia?

Aquello encendió los ánimos, ya nada tranquilos, de la opinión norteamericana, que consideraba insoportable la actitud de un aliado que se había lanzado hacia tiempo por el camino de la rebeldía y de la insubordinación. Era una «ingratitude», advirtió *The Washington Daily News*, la respuesta que

daba Francia a la larga lista de ayudas, esfuerzos y sacrificios en que, para el bien de Francia, habían incurrido los Estados Unidos. No se podía pensar en ilustración más llamativa y emocionante que los miles de muertos norteamericanos en los campos de batalla de Francia en dos guerras mundiales. «Una ayuda tan abundante—añadía ese diario de la capital de los Estados Unidos—no desemboca de ordinario en semejante traición.»

Era un ambiente de tal naturaleza que el importante *The Financial Times*, de Londres, habló de un grado de desesperación en que ya se encontraba Washington, que había llegado a tanto, en relación con la actitud del general De Gaulle, que «son numerosos los que preconizan la adopción de una política más dura».

Sin pensar, tal vez, en que el momento de adoptar o mantener una política de dureza y rigor había pasado, precisamente porque el panorama de estos momentos era radicalmente distinto, casi desde cualquier punto de vista, del que existía cuando se adoptaron acuerdos y medidas que hicieron posible, para empezar, el contar con unas condiciones favorables al desarrollo de esos cambios que son precisamente los que hacen que la situación de hoy sea tan distinta de lo que era cuando se fundó la O. T. A. N.

Entonces había dos cosas que al fin han desaparecido de una manera total y, al parecer, para siempre: una terrible, alucinante sensación de vacío, tanto por el lado del Occidente como del Oriente, y unas condiciones de monopolio absoluto del poder atómico por parte de una sola potencia. El cambio que se ha producido, por un lado y por el otro, aunque en condiciones y medidas que no son iguales y a menudo ni siquiera parecidas, es de tal naturaleza y dimensiones que se escapa, de una manera y con una prisa que tiene algo de asombroso, a la capacidad misma de comprensión de quienes han llegado a considerar como una necesidad mucho más que una conveniencia el mantenimiento del *statu quo*, de eso que es, en realidad, una ficción pura, como lo están demostrando en todo momento los hechos de la vida y lo está confirmando, una vez más, esta tremenda crisis de la O. T. A. N. Para los Estados Unidos, en estos momentos, la situación resulta tanto más incomprensible por haber intentado, aunque fuese de una manera indirecta, aplicar al ámbito internacional lo que ha sido una nota característica y durante algún tiempo de resultados extraordinariamente favorables, de la vida política nacional de los Estados Unidos, eso que se ha dado en llamar el consenso.

¿Cómo los Estados Unidos no habían de encontrar, dentro y fuera de las fronteras nacionales, un ambiente, un estado de ánimo, un consenso avasalla-

doramente favorable y, en consecuencia, decisivamente condenatorio de la conducta y la actitud del general De Gaulle? Pero al pensar así, bajo la influencia de hechos e impresiones que no son de ahora, no se dieron cuenta, para empezar, que frente a esa decisión, tan imperiosa, de los Estados Unidos estaba ya la barrera invisible de una resistencia que también empezaba a tener calidades de algo característico y, peor todavía, tradicional.

Para empezar, está la naturaleza extremadamente frágil de los Tratados, que, cuando su respeto no es el resultado de la imposición, duran en realidad nada más que el tiempo en el que su mantenimiento es de alguna utilidad. Se ha podido decir, con razón, que nada hay más fatalmente perecedero que las alianzas. En julio de 1807, Napoleón y Alejandro I se reunieron en una balsa, en el río Neman, para denunciar a los anglosajones y firmar la Paz de Tilsit, por la cual Napoleón quedaba convertido en el Emperador del Occidente y el Zar de Rusia en el Emperador del Oriente, con entera libertad para proceder a la conquista de Turquía, Persia, Afganistán y la India. En el año 1934, Polonia y Alemania, ya convertida en el Tercer Reich, firmaron solemnemente un Tratado de no agresión de diez años de duración. En 1937, Bulgaria y Yugoslavia firmaron un Tratado de amistad eterna. En 1939 se negoció y firmó uno de los Pactos más famosos de la Historia, el germano-soviético.

La lista es, en realidad, interminable y dice mucho o no dice nada. En los momentos mismos en que se condenaba con energía no menos que indignación la actitud del general De Gaulle, quien había pedido, sin resultado, la reforma de la O. T. A. N. ya en 1958, y había insistido más de una vez en la necesidad de que se le escuchase, incluso con actos de rebeldía como el que supuso la retirada de fuerzas estacionadas en la Alemania Occidental, en los días de la guerra de Argelia, sin consulta alguna ni siquiera comunicación al mando de la O. T. A. N., como estatutariamente estaba en la obligación de hacerlo, pues legalmente se trataba de unas fuerzas que habían dejado de estar bajo el mando de las autoridades francesas, para ser integradas en el sistema militar de la O. T. A. N., se produjo un hecho en cierto modo asombroso. Por causa de las grandes y crecientes necesidades militares de los Estados Unidos en otros frentes y en otros mundos, se había tomado la decisión de retirar unos 15.000 especialistas norteamericanos, el equivalente de una división, de sus fuerzas militares en Europa, en la Alemania Occidental. El corresponsal de *The Times*, de Londres, en Bonn, habló de una medida que, «sin duda, conducirá a un despertar brutal», porque el momento elegido para tomarla o para darla a conocer «no podía ser peor».

Una de las cosas que mayor preocupación estaban dando al Gobierno de Bonn era precisamente lo que se haría o podría hacer, en vista de la decisión del general De Gaulle, con las fuerzas militares que Francia continuaba manteniendo en territorio de la Alemania Occidental y desde los días en que habían entrado en el país en calidad de fuerzas de ocupación. Que eran las mismas condiciones, de hecho, en que se encontraban por aquellos días las fuerzas militares de los Estados Unidos, el Canadá, la Gran Bretaña, etc. El Gobierno de Francia no podía aceptar que esas fuerzas francesas continuasen en Alemania, a partir del primer día del próximo julio, más que bajo la soberanía y el mando directo de jefes y oficiales franceses. Si la puerta estaba abierta, sin duda, para las negociaciones sobre las condiciones en que esas fuerzas podrían continuar en territorio alemán, lo que no podía ser objeto de negociación era el mando a que habrían de estar sometidas, que sólo podía ser francés.

El punto de partida de la nueva situación podría darlo aquel acuerdo a que había aludido la nota francesa del último día de marzo sobre ciertos derechos residuales de los días en que Alemania estuvo sometida a un régimen de ocupación. Pero esto no podía ser aceptable para el Gobierno de una nación independiente y soberana. La presión norteamericana hacía más difícil, sin duda, la posición del Gobierno de Bonn, porque por un lado estaba la necesidad y la conveniencia del mantenimiento de buenas, cordiales y estrechas relaciones con Francia y por el otro una situación realmente asombrosa. Como advirtió un corresponsal norteamericano, antes incluso de publicarse la nota francesa, pero cuando ya se daba como algo seguro e inminente, la «Europa occidental es unánime en sólo un análisis de la dimisión virtual del Presidente De Gaulle como miembro de la Alianza Atlántica. Cree que de un solo golpe ha realizado enorme y peligrosamente la importancia y el papel de la Alemania Occidental en los asuntos del mundo».

Esto es una realidad en cierto modo aterradora y que condiciona e influye de una manera directa y efectiva en muchos aspectos de las relaciones internacionales y sobre todo de las relaciones intereuropeas. De pronto, inesperadamente, ha surgido la cuestión que, por supuesto, tenía reservada su hora pero que, a pesar de todo, sólo podía ser una hora desagradable. Aun cuando sólo fuese por la calidad y la cantidad de los problemas y de las preocupaciones que hasta entonces se habían mantenido bajo la cubierta de una integración militar cuya única existencia total y efectiva estaba relacionada con la República Federal de Alemania. De ello ha sido confirmación

abrupta y brutal la actitud del general De Gaulle, y lo ha sido también esa decisión norteamericana de retirar 15.000 especialistas de sus fuerzas militares que forman parte de la O. T. A. N. Sólo de una manera formal y teórica, como se ha demostrado y comprobado en esta ocasión, para la mayor incomodidad—ya una tremenda incomodidad—del Gobierno de Bonn. No le ha quedado más remedio que ver la prueba de que eso de la integración militar es una ficción para todos, menos la Alemania Occidental.

Grandes cambios están en perspectiva y grandes han sido, sin duda, los cambios que han desembocado en una situación como ésta de ahora. Entre los grandes cambios en vías de realización o en perspectiva está, por supuesto y en primer lugar, la posición militar de la Alemania Occidental, que se ha encontrado de pronto con el presentimiento—tal vez se trate sólo de un presentimiento—de que el recelo, el temor o simplemente el vacío pudieran estar actuando en el sentido de buscar posiciones nuevas para situaciones nuevas. La sensación de falta de espacio, ahora infinitamente más grave que en cualquier ocasión anterior, mueve al Gobierno de Bonn a la busca de mayores y mejores facilidades en países aliados y amigos para el establecimiento de centros de entrenamiento, intendencia y una gran diversidad de propósitos y también, por supuesto, para el desplazamiento, la movilización y la maniobra.

Pero en el propio seno de la Alianza Atlántica, o en cualquier caso en algunos de sus miembros, se ha puesto de manifiesto o bien una actitud de indiferencia o de resistencia a la adopción de medidas radicales o simplemente de aceptación realista de lo que acaso fuese inevitable. Coincidiendo con la visita a Lisboa del Dr. Gerhard Schroeder, ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Occidental, el Dr. Oliveira Salazar habló de la O. T. A. N. como de algo «completamente inadecuado»; y sólo unos días después, el Ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Castiella, habló de que no es cuestión de aprovecharse del hecho de que España pertenezca a la comunidad de pueblos europeos «para obtener de su Gobierno facilidades de orden militar».

No es Portugal la única nación miembro de la Alianza Atlántica que ha llegado a la conclusión de que no es adecuado un sistema de alianzas que produce la impresión—y algo más que una impresión— de actuar y operar solo en una dirección, a pesar de aquel principio que se tenía por básico de uno para todos y todos para uno. Han sido Bélgica, en el Congo, Holanda en Indonesia, Francia en Argelia y también, de manera especialmente grave,

Francia y la Gran Bretaña en la zona del Canal de Suez, quienes han podido observar lo que ha sido calificado una y otra vez de falta notoria, conspícua de solidaridad y comprensión del aliado principal para con otros aliados menos principales o nada importantes, en definitiva.

Por eso cuando el general De Gaulle alzaba la voz para advertir que el «protectorado norteamericano» creado en abril de 1949 se había quedado anticuado, había mucha gente que, aunque fuese en actitud silenciosa y retraída, sentía la inclinación o quizá la necesidad de aplaudir. Y más todavía a medida que esa actitud suya se hacía más insistente, para acabar diciendo, como en su conferencia de Prensa de enero de 1963: «Finalmente, surgiría una colosal Comunidad Atlántica dependiente de y dirigida por los Estados Unidos que pronto absorbería a la Comunidad Europea. Esta es una hipótesis que puede estar perfectamente bien justificada a los ojos de alguna gente, pero no es de ninguna manera lo que Francia ha querido hacer o lo que está haciendo.»

La ruptura que al fin se ha producido podía ser inevitable. Porque la naturaleza misma de las alianzas no deja mucho margen para la adaptación y el reajuste, y sin una cosa y la otra el choque podría acabar siendo inevitable. En realidad, la sensación de malestar, de disgusto, es compartida por todos en mayor o menor medida. Las quejas y el resentimiento de algunos aliados de los Estados Unidos en la O. T. A. N. tienen una contrapartida ostentosa y en ocasiones alarmante en el mal humor con que se han comentado—y atacado—decisiones adoptadas por algunos países miembros en sus relaciones con potencias de régimen comunista, como en el caso de la Gran Bretaña al insistir en mandar autobuses a Cuba, o de la Alemania Occidental al negociar la construcción de una gran fundición de acero en China, o de Italia al entrar en acuerdos con la Unión Soviética para el establecimiento allí de una gran fábrica de automóviles.

El paso de la estrategia de las represalias masivas a la de la respuesta flexible se ha dejado sentir, era inevitable, en el panorama de las relaciones políticas bajo la acción de factores de cambio tan fuertes, por lo menos, como los que hacían necesario, inevitable, un enfrentamiento con las nuevas realidades del mundo en el que en vez del monopolio nuclear ejercido brevemente por una sola potencia se llegó a producir una situación razonablemente —y atterradoramente—definida como del «equilibrio del terror». Ahora, ante la perspectiva de la ruptura en la O. T. A. N., se habla de nuevos planes

estratégicos del Pentágono, donde está concentrado todo el poder y toda la autoridad de la primera potencia militar del mundo. Se habla más bien de lo que se define como la estrategia avanzada para la Europa occidental, que necesitaría tener en cuenta la posibilidad, por lo menos, de una retirada de las tropas francesas en la Alemania Occidental. Una retirada que puede producirse o puede no producirse, pero que ha de tenerse en cuenta en el momento de la preparación de planes para una posible acción militar en la Europa occidental.

Hay dos planes ya, no uno. Son:

Plan 1: aceptación del abandono de la Alemania meridional en el caso de ataque, con el VII Ejército de los Estados Unidos estacionado de manera permanente en la Alemania Occidental, en retirada hacia una línea que tendría a Francfort como su vital punto de apoyo occidental. Es decir, formación de una línea defensiva destinada a negar al enemigo la ocupación de la línea del Rin y de la vital cuenca del Ruhr.

Plan 2: retirada estratégica hasta el Rin, con el abandono de una gran parte de la Alemania Occidental, casi la totalidad, con la excepción de Eifel y otras zonas fronterizas. En ambos casos se parte, sin embargo, del principio de que Francia se sostendría en su propia frontera oriental.

Ha bastado con que se hablase de planes así para que en la República Federal de Alemania se acentuase la impresión—y la tendencia—de que es necesaria, en cualquier caso y circunstancia, la colaboración activa con Francia por algo más que razones de orden militar. Naturalmente, un aspecto de la cuestión que se perfila con creciente claridad es la amplitud y calidad de los intereses que trabajan, desde hace tiempo, por un acercamiento de la naturaleza del que se está efectuando, con dificultades pero con persistencia también, dentro de la Comunidad Económica Europea.

Las palabras del ex canciller Adenauer sobre la «comprensión franco-germana» como la clave, el alma de la unificación europea, volvieron a estar de actualidad en los momentos en que se planteó el debate en la Asamblea Nacional francesa en torno a la moción socialista, que buscaba nada ménos ambicioso que un voto de censura para la actitud del general De Gaulle en relación con la O. T. A. N. Y, por tanto y de haber triunfado, la caída de su Gobierno. Pero la iniciativa estaba condenada al fracaso y el fracaso ha sido obra, ante todo, de las vacilaciones y las contradicciones de que bien se vió que fueron víctimas, desde el primer instante, los iniciadores y secun-

dadores de la moción. Otra vez, como durante la reciente campaña presidencial, la gran debilidad de la izquierda más o menos moderada—no toda, porque el Partido Comunista se abstuvo y es de suponer que hubiera votado en favor del Presidente De Gaulle si hubiese sido necesario—ha estado en la imposibilidad aparente de atacar de frente y a fondo. «Si fuese yo a definir vuestra política exterior—explicó François Mitterrand, el mismo que había luchado contra De Gaulle en la reciente campaña presidencial, sin atacar, defendiendo más bien a los principios básicos de la V República, que después de todo es la obra fundamental del general De Gaulle, ahora que la guerra de Argelia es una cuestión del pasado—yo diría que es una especie de *poujadismo* de dimensiones universales.»

Claro que lo que se buscaba era no enfrentarse con un tema que la realidad estaba demostrando que era inmensamente impopular. Llegó a decir un corresponsal norteamericano, Henry Tanner, de *The New York Times*:

«Si los autores de la política de los Estados Unidos llegaron en alguna ocasión a confiar en que la retirada francesa de un sistema defensivo occidental integrado podría ser aminorada o invertida mediante un llamamiento hecho por encima de la cabeza del Presidente De Gaulle al electorado francés, los pasados últimos días, de apasionado debate parlamentario, deberían de sacarlos del error.»

«El debate ha demostrado que la fuerza del Presidente entre sus seguidores, en el Parlamento y en el país, se ha fortalecido más bien que debilitado con su ataque a la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

En vez de dividir a los *gaullistas* y a sus aliados, su acción ha dividido y colocado en situación embarazosa a la oposición.»

Los Estados Unidos, que un día sostuvieron el derecho, según palabras de Woodrow Wilson, «de las naciones grandes y pequeñas y el privilegio de los hombres en todas partes a escoger su propia manera de vida» como la condición, el principio fundamental del concepto de la seguridad colectiva, que es lo que, en definitiva, justificaba y animaba la existencia de la O. T. A. N., acabaron por encontrarse en la situación incómoda de ver no sólo que aumentaba la resistencia, en muchos países miembros de la O. T. A. N., a la adopción de actitudes de radical y enérgica condenación de Francia, sino de tener que escuchar también a Maurice Couve de Murville, Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, explicar ante esa Asamblea Nacional, durante aquel animado y en momentos emocional debate sobre la moción de

JAIME MENÉNDEZ

censura socialista, que «es inevitable y beneficioso para todos que Europa recupere su independencia de los Estados Unidos».

Estaban sucediendo cosas asombrosas, sin duda. Apenas se podría esperar tener una evidencia más clara o más categórica de que, al fin, se estaba cerrando una época en el mundo de la posguerra y se estaba, como había de ser inevitable que sucediese, dando comienzo a otra radicalmente distinta.

JAIME MENENDEZ.